

## **José Robles Pazos: primer traductor de Dos Passos y Lewis**

*Manuel Broncano Rodríguez*

Con la publicación en la revista *Anthropos* en febrero de 1989 del artículo "¿Quién mató a José Robles Pazos?", el profesor Juan José Coy ha rescatado del olvido a una figura enigmática que se movió en vida entre gentes de las letras estadounidenses tan importantes como John Dos Passos, Ernest Hemingway, Edmund Wilson o Malcolm Cowley, a la par que testigo de excepción, y víctima, de los acontecimientos que vivió la España de la Guerra Civil. En su artículo, el profesor Coy reconstruye el hilo biográfico de este traductor que fuera asesinado por orden del Partido Comunista debido a su, sin duda, profundo conocimiento de las oscuras maniobras que este partido realizaba en la trastienda de la guerra contra sus propios compañeros de lucha, principalmente los anarquistas. Una vida sorprendente del que llegara a ser amigo íntimo y primer traductor de John Dos Passos, así como de Sinclair Lewis, al castellano, y buen conocedor del mundo literario norteamericano, como los dos breves prólogos a las traducciones que aquí se van a comentar ponen de manifiesto.

La única otra fuente de información sobre José Robles Pazos la encontramos en la biografía de John Dos Passos escrita por Townsend Ludington (1), en la cual se proporcionan algunos datos que me parece oportuno recordar. José Robles conoció a Dos Passos durante la primera visita que éste realizara a España en 1916-17, siendo el primero todavía estudiante en la Universidad de Madrid; amistad que continuaría durante la larga estancia de Robles en

la Johns Hopkins University como profesor de español. Según Dos Passos, Robles se encontraba con su familia de vacaciones en España cuando estalló la guerra y, republicano convencido, decidió quedarse para participar en la lucha, renunciando a regresar a Estados Unidos. Buen conocedor del ruso, fue adscrito al Ministerio de la Guerra y estuvo en contacto frecuente con los soviéticos que llegarían junto a los primeros envíos de armamento. Durante el otoño de 1936 serviría de intérprete al general Goriev, quien desarrollaría una no muy clara actividad militar y diplomática en un despacho cercano al del general Miaja. A finales de 1936 o comienzos de 1937 José Robles desaparece misteriosamente en Valencia, donde la posterior búsqueda de John Dos Passos se probaría infructuosa.

Robles Pazos procedía de una familia de clase alta y tradición monárquica, pero él siempre se mostró abierto partidario de la República y de la izquierda, aunque no necesariamente comunista, lo que le llevaría a trasladarse a Estados Unidos con el fin de apartarse de su familia. Pudo ser ésta la causa que llevara a los comunistas a sospechar de él. O pudo ser también que uno de sus hermanos hubiese sido oficial con Alfonso XIII y ahora estuviese junto a Franco. Pero las únicas causas que sus conocidos, tanto Dos Passos como Edmund Wilson, consideraban plausibles -conociendo a José Robles- eran o bien que éste, de carácter abierto y comunicativo, hubiese revelado inconscientemente secretos que conociera trabajando con Goriev, o bien que se sospechara de su lealtad al haber intentado convencer a su hermano, detenido entonces en Madrid, para que se uniera a la causa. Pero lo que Dos Passos en el fondo se temía era que con su entusiasmo por la República, Robles hubiera despertado recelos entre los soviéticos, que viesan en él un peligro para sus planes de hacerse con la misma. En todo caso, las causas reales y la suerte final de su amigo no le quedaron nunca claras a Dos Passos, quien tras repetidas tentativas de descubrir la verdad cejó, desencantado, en su intento.

Y sería esto, por cierto, y aunque nos desvíe de nuestro tema, lo que serviría como detonante de la ruptura definitiva entre este escritor y Hemingway, quien siempre dio por buena la explicación oficial de que Robles había sido fusilado por un comando anarquista. La información biográfica que disponemos sobre nuestro traductor termina, pues, aquí. Sabemos que el americano continuaría inútilmente sus pesquisas a instancias de la esposa de Robles, pero siempre se toparía con la misma versión oficial. Nunca conseguiría

siquiera el certificado de defunción que la señora Robles necesitaba para poder cobrar un seguro que su marido había suscrito en los Estados Unidos. Un episodio quizá insignificante en la tragedia de la Guerra Civil y que, sin embargo, afecta de forma muy directa a un grupo de literatos e intelectuales norteamericanos y, de modo especial, a esos dos escritores que pondrían punto final a una larga amistad por ese motivo.

Pero es José Robles el traductor lo que ahora nos interesa.

Las dos traducciones que van a ser objeto de comentario fueron publicadas por la editorial madrileña Cenit en 1929 y 1930, respectivamente. La primera es *Manhattan Transfer*, de John Dos Passos; la segunda, *Babbitt*, de Sinclair Lewis. En ambos casos la diferencia de tiempo entre la aparición del original norteamericano y la traducción es sorprendentemente breve, al menos para la época. Esto es especialmente así en el caso de la novela de Dos Passos. *Manhattan Transfer* fue publicada en 1925, lo que representa una diferencia de sólo cuatro años con la versión española. Con esta novela puede decirse que Dos Passos alcanza la madurez artística, desarrollando las técnicas pseudo-cinematográficas que después posibilitarían la composición de la monumental trilogía *USA*. Una novela que está marcada por las innovaciones estilísticas y los efectos impresionistas en las descripciones, en lo que constituye un intento, de corte claramente naturalista, de recrear la vida del Nueva York de la época en toda su complejidad. *Manhattan Transfer* traza de forma simultánea la vida de una docena o más de personajes, que pululan entre una muchedumbre siempre distinta, en sucesivos capítulos o episodios de extensión breve, todos ellos introducidos por un párrafo de gran cualidad poética. Si a esto le aunamos el uso de variados dialectos y registros de lengua, se comprende la enorme dificultad que la traducción de esta novela representa. Y así sin duda deben haberlo considerado las muchas editoriales que han sacado provecho a lo largo de los años de la versión de José Robles, en lo que constituye un flagrante delito de falta de ética. Hasta tal punto es así que la Editorial Seix Barral no ha tenido inconveniente, no sólo en utilizarla, amablemente "cedida" a su vez por la desaparecida Editorial Bruguera, sino en transformar el nombre de José Robles Pazos en el de José Robles Piquer, lo que puede deberse tanto a una mera confusión de imprenta como a un intento solapado de atribuir la misma a otro traductor. Lo cierto es que en la edición de *Manhattan Transfer* publicada en 1984 por la

citada editorial, la traducción legítimamente le pertenece a José Robles Pazos. Eso sí, el "editor" (desconocido) ha tenido a bien añadir algunas notas a las que Robles ya introdujera para aclarar el significado de los términos en inglés que el traductor, como enseguida se comentará, era aficionado a dejar sin traducir. Y es ésta la única variante que el que estas líneas suscribe detecta entre una y otra edición en castellano de *Manhattan Transfer*.

Claro está, como es bien sabido en los círculos de traducción, una de las grandes paradojas de esta actividad es que, mientras el original permanece, la traducción está "condenada" a pasar de moda. O dicho de otra manera: cada generación necesita su propia traducción de la obra. Por ello, la versión que Robles Pazos ofrece de esta novela debe juzgarse de acuerdo con los valores de la época en que se realizó, y no con los valores de la época en que todavía se sigue leyendo, a falta de una más actual. Porque en aquella época fue juzgada por el propio Dos Passos como buena, según nos hace saber el profesor Coy. Y ciertamente, la traducción es cuidada, fiable y completa, aunque con unas peculiaridades que son las que aquí se van a reseñar.

El primer rasgo que resulta chocante al lector español es la abundancia de términos ingleses conservados en la traducción o texto meta. Estas reproducciones literales las suelen reservar los traductores para aquellos términos imposibles de traducir, recurriéndose en ese caso a una nota a pie de página, y se reproduce el término en bastardillas (en alguna ocasión entre comillas). Pero en el caso de la traducción de Robles no es siempre así. En su texto se siguen tres convenciones diferentes: por un lado, se reproducen términos del texto origen entrecomillados, como es el caso de "ferry" en el párrafo introductor al primer capítulo; en otras ocasiones, como en la página 112 del texto meta, se reproduce el término original en bastardilla, introduciéndose una nota en la cual el traductor explica el significado de *jackstones*: "juego parecido a la taba"; aquí, por cierto, se explica indirectamente el significado de otro término que apareció sin ningún tipo de marca, lo que constituye la tercera convención, cien páginas antes:

"Tú, Ed?... ¡Oh, pero si son Jacks! ¡Qué locura!  
(pág. 14) (Término sin marcar en el TM ni en  
el TO)

-Conozco las rosas *Jack*. Son las que más le gustaban a mamá (pág. 100) (Término marcado en el TM y no en el TO).

Realmente, la abundancia de este tipo de recursos, sobre todo cuando el traductor puede encontrar sin dificultad un término perfectamente equivalente, hacen sospechar la existencia de una convención al respecto hoy sin duda perdida, ya que en la actualidad se tiende a traducir todo (lo traducible), y tan sólo en contadas ocasiones un traductor se permite conservar el término original, siempre con la consabida nota a pie de página. Un ejemplo claro del uso del término original sin marcar en el TM, lo encontramos casi al comienzo del primer episodio, en la segunda página, donde el TO dice "EAT on a lunchwagon halfway down the block" (pág. 4). La traducción de Robles es sorprendente porque lo convierte en "EAT en un figón antes de la esquina", cuando no hubiera tenido dificultad ninguna en encontrar un equivalente castellano ("comida" /"comer"), manteniendo las mayúsculas.

En cuanto a los términos marcados, unas veces por bastardilla y otras por cursiva, que gozan de nota explicativa a pie de página, destaca la permanencia en el TM de los términos "niquel", "dime", *quarter*, que se utilizan con profusión después en el texto, alternando con su traducción castellana, cinco, diez o veinticinco centavos. Ello supone otra inconsistencia en el uso, y hace innecesaria la utilización, en primer lugar, del término original, pues la misma traducción demuestra la perfecta viabilidad del equivalente castellano ("una moneda de cinco centavos"). Como es también otra inconsistencia la intercalación, no ya de término aislados, sino de frases completas, del TO, esta vez sin ninguna nota explicativa del significado:

"Una orquesta tocaba *When It's Appleblossom Time in Normandee*. El local estaba lleno de espirales de humo, guirnaldas de papel, letreros que anunciaban OSTRAS DEL DIA, COMA ALMEJAS, PRUEBE NUESTROS DELICIOSOS MEJILLONES A LA FRANCESA (recomendados por el Ministerio de Agricultura). Se sentaron sobre un anuncio rojo, BEEFSTEAK PARTIES UPSTAIRS" (pág. 150)

"La risita de Ruth se convirtió en una carcajada.  
Jimmy se puso como la grana.

*-I never axed you maam, he say-ed"* (pág. 150).

Este segundo ejemplo, por cierto, puede achacarse al intento del traductor de mantener la naturaleza dialectal del enunciado, pero está postulando necesariamente, al igual que en el ejemplo primero, la existencia de un lector ideal capacitado para entender este subtexto que permanece en la lengua origen. Las razones, en todo caso, que le llevan a recurrir de forma abundante, aunque no sistemática, a la reproducción del TO en el TM parecen oscuras e injustificadas, sobre todo cuando demuestra en otras situaciones un buen dominio de los recursos de traducción. Por lo demás, el respeto al original es absoluto, no produciéndose alteraciones sintácticas ni en el discurso del narrador ni en el de los personajes, salvo aquellas que parecen inevitables. Se detecta, además, un esfuerzo por preservar aquellos rasgos lingüísticos y metalingüísticos que pueden imitar el texto original. Tal es el caso, por ejemplo, de la traducción de "cop" por "guindilla", perfecto equivalente en la época del original inglés, y que sin embargo ha caído en completo desuso, mientras el original conserva plena vigencia. Otro caso significativo en este sentido lo encontramos en un personaje, Marco Antonio Zucher, emigrante de procedencia alemana que muestra en su discurso una serie de rasgos que intentan reproducir la pronunciación real del personaje:

"Congradulade me, congradulade me; mein vife  
has giben birth to a poy" (TO, 8)

"Felisíteme, felisíteme; mein mujer ha dado a  
lus un chico" (TM, 16).

Como se puede apreciar en éste y otros ejemplos, el traductor ha optado por ofrecer una versión aproximada, introduciendo marcas supuestamente pertenecientes a un alemán hablando español, como puede ser la conversión de "v" en "f" y de "c" en "s", aunque prescinde de la duplicación de las "r" que se encuentran en el TO. Al igual que el TO, el TM conserva palabras alemanas, o de apariencia alemana, que resultan tan conocidas para un lector medio norteamericano como para uno español.

Otro ejemplo significativo lo encontramos, como correctamente señala Rosa Rabadán (2), en el habla de Bud Korpenning, personaje

de procedencia rural y baja extracción social, como su lengua su-  
bestándar pone de manifiesto. En la versión castellana, Robles  
Pazos caracteriza al personaje con un habla paleta y pueblerina:

"Será, digo yo, porque aún no l'he cogio el  
tino a la ciudad. Yo nací en una granja y ayí  
m'he criado" (TM, 75)

En otras ocasiones, no obstante, el autor se limita a desnudar  
el diálogo de toda marca dialectal, reproduciéndolo en castellano  
neutro, lo que priva al lector meta de un rasgo caracterizador impor-  
tante, aunque difícil -y, en ocasiones, imposible- de traducir. Donde  
José Robles Pazos realiza un marcado esfuerzo en la transcripción  
de esos rasgos dialectales es en la segunda obra que aquí se va a  
comentar, *Babbitt*.

La distancia temporal entre la publicación del original nortea-  
mericano, 1922, y la traducción castellana, 1930, es algo mayor que  
la anterior, pero sigue resultando sorprendente para la época. Es  
sugerente que José Roblés Pazos eligiera esta novela, una de las  
mejores y más críticas de Sinclair Lewis, como continuación de su  
trabajo anterior en *Manhattan Transfer*. En ambos casos, está intro-  
duciendo en España la obra de dos autores de calidad sin duda  
distinta, pero con una conciencia política y social muy similar, como  
el contenido de ambas novelas, una sobre el mundo sofisticado y  
cruel de Nueva York, otra sobre el mundo menos sofisticado pero  
igualmente cruel del Medio Oeste, pone de manifiesto.

El TO de *Babbitt* no presenta los mismos problemas de traduc-  
ción. Por una parte, es una novela de desarrollo lineal, aunque  
fragmentario, y pocos personajes en comparación con la anterior;  
por otra, los problemas lingüísticos que plantea son menores, ya que  
los personajes proceden en su mayoría de una misma localización  
geográfica y los estratos sociales que se reflejan en ella son más  
restringidos, pues se centra en la clase media urbana, y tan sólo  
ocasionalmente aparecen personajes de distinta extracción social,  
pudiéndose decir que los rasgos dialectales son mucho menos  
variados que en la novela antes comentada. *Babbitt* es considerada  
como un "documental" literario de la cultura de los negocios en  
Estados Unidos, y en ella se recrea la vida de George Folansbee  
Babbitt, un agente inmobiliario, próspero y estereotipado, que habita  
en Zenith, la típica ciudad provinciana del Medio Oeste.

En esta ocasión también es legítimo afirmar que la traducción es fiel y completa, no detectándose supresiones ni alteraciones significativas. El primer aspecto que destaca es la relativa escasez de términos ingleses en el texto meta, siempre en comparación con *Manhattan Transfer*. Dentro del conjunto de estos términos, son recurrentes los nombres de trajes, como "Tux", abreviación de "Tuxedo", que el traductor aclara con nota a pie de página, recurriendo al uso de otro anglicismo, esta vez de uso común incluso en la época: "smoking" (pág. 21). Sin embargo, no se aclara el significado de "dinner jacket", que aparece marcado por medio de comillas en el texto, y cuyo significado puede el lector inferir con facilidad (pág. 22). El uso de las notas a pie de página es, por tanto, inconsistente, ya que no se introducen en todos aquellos casos en que sería necesario para que el término, o frase, original sea comprendido por un lector medio. Baste citar como ejemplo la permanencia de "Home Sweet Home" (49), título de una canción sin duda conocida para el lector destinatario del texto origen, y que para el lector del texto meta resulta desconocido. Un traductor actual habría optado, probablemente, por buscar el título equivalente de una canción conocida por el lector destinatario de la traducción, o habría en todo caso traducido el título original. De cualquier modo, y al igual que en *Manhattan Transfer*, la permanencia de términos sin traducir no se puede achacar a la impericia del traductor, sino más bien a la ausencia de una conciencia purista del idioma que lleva a éste al abuso de anglicismos, en su mayor parte innecesarios. Juzgada de acuerdo con criterios actuales, esta tendencia es claramente inadmisibles.

Como contraste, y como ya antes apunté, hay que señalar el marcado esfuerzo que José Robles realiza a la hora de transcribir los rasgos dialectales y pseudo-dialectales que abundan en el texto origen. George F. Babbit, por ejemplo, está caracterizado por un inglés subestándar en el que se mezclan rasgos dialectales, términos incultos y coloquiales, y el abuso de términos cultos con frecuencia mal empleados, o empleados fuera de contexto. No olvidemos que nos encontramos ante una técnica novelística en la que la caracterización de los personajes descansa en gran medida en la transcripción "literal" de su forma de hablar. Y George Babbit puede ser calificado como "nuevo rico", con una educación que no está a la altura de su situación económica, condición que se refleja claramente en su discurso. En el texto meta, la habituales contracciones



y pérdidas de, por ejemplo, "h" iniciales, se convierten también en contracciones y pérdidas de, sobre todo, las "d" intervocálicas y finales ("andaó", "verdá"), al igual que la pérdida de las "h" iniciales en palabras como "hay/ay" (pág. 53). Este último recurso constituye en castellano, por supuesto, un "eye-dialect", es decir, una grafía que no refleja una pronunciación variante de la estándar, ya que la "h" no representa un fonema en este idioma. Sin embargo, es una buena forma de indicar que el emisor de ese discurso tiende a apartarse de la norma. Por supuesto, están también presentes en el texto meta inversiones del tipo "me se está pasando el mal humor de esta mañana", que pretenden reflejar errores gramaticales del tipo "it ain't" en el original.

Debe señalarse, por otra parte, y de acuerdo de nuevo con el profesor Coy, la abundancia de términos y expresiones de uso frecuente al final de los años veinte en España, y que en la actualidad han caído en completo desuso. En *Babbitt* esta característica es aún más marcada que en el caso de *Manhattan Transfer*, ya que el uso de términos coloquiales es aquí más abundante. Baste citar como ejemplos, "auto", "sobretudo", "voto al chápiro verde", "darse pisto", "ivoto a cribas!", "¡iqué diantre!", "machacantes", "pasar de matute", etc; términos que a un lector contemporáneo no pueden por menos que resultar chocantes. Ello, aunado al uso indiscriminado de anglicismos, parece reclamar -sin desmerecimiento alguno para José Robles-, una nueva versión castellana de ambas obras, sobre todo si tenemos en cuenta que las suyas han tenido una vigencia de nada menos que cincuenta largos años, lo que resulta a todas luces, y por desgracia, una vida excesivamente prolongada para una traducción.

Sirvan, por tanto, estas líneas como homenaje a José Robles Pazos, introductor en España de John Dos Passos y Sinclair Lewis, traductor honesto -si no perfecto-, y honesto republicano. Y sirvan también como denuncia del abuso deshonesto que con tanta frecuencia las editoriales cometen, para desprestigio de la literatura y de ellas mismas, aunque esto último, al parecer, no importe demasiado. Y sirvan, por fin, de homenaje a la figura del traductor, casi siempre oscura y relegada al olvido y, sin embargo, eslabón insustituible en la universalización del arte literario.

## **Bibliografía:**

- John Dos Passos, *Manhattan Transfer*. Boston:Houghton Mifflin, 1985. Traducción de José Robles Pazos, Madrid: Editorial Cenit, 1929.
- Sinclair Lewis, *Babbitt*. Nueva York: New American Library, 1980. Traducción de José Robles Pazos, Madrid: Editorial Cenit, 1930.
- Juan José Coy, "¿Quién mató a José Robles Pazos?". Barcelona: *Anthropos*, Suplementos nº 10, febrero 1989, pags. 65-69.
- Townsend Ludington, *John Dos Passos. A Twentieth Century Odyssey*. Nueva York: E. P. Dutton, 1980.
- Rosa Rabadán, *Equivalencia translémica y traducción inglés-español*. León: Universidad de León, 1991.

## **Notas:**

- (1) Townsend Ludington, *John Dos Passos: A Twentieth Century Odyssey*. Nueva York: E. P. Dutton, 1980, pp. 362-374.
- (2) *Equivalencia translémica y traducción inglés-español*. León: Universidad de León, 1989, pp. 146-147.